

Los signos de los tiempos

Trigesimoprimer domingo del Tiempo Ordinario
30 de octubre de 1977

Sabiduría 11, 23–12, 2
2 Tesalonicenses 1, 11–2, 2
Lucas 19, 1-10

Además de la lectura de la Biblia, que es la palabra de Dios, un cristiano fiel a esa palabra tiene que leer también los signos de los tiempos, los acontecimientos, para iluminarlos con esa palabra. Yo voy a señalarles unos cuantos signos y luego he suplicado a monseñor Rivera que él nos dé la interpretación bíblica, la homilía propiamente.

Los signos de los tiempos

Y en primer lugar, quiero que analicemos y veamos a la luz de la fe este espectáculo de dos obispos celebrando la eucaristía. Somos los sucesores de los apóstoles que a través de los tiempos vamos llevando al pueblo, a la historia, la revelación de Dios. Los obispos somos los encargados, los maestros autorizados, para cuidar el depósito de la fe y transmitirlo y, al mismo tiempo, hacer vida presente la redención de Jesucristo.

Por eso, al ser designado nuestro querido hermano, monseñor Arturo Rivera Damas, obispo residencial de Santiago de María, miremos con fe a este sucesor de los apóstoles que va a dirigir esa porción de la Iglesia. Y ya que aquí en la arquidiócesis ha dado diecisiete años de servicio episcopal, es justo que expresemos para él, no solo los sentimientos humanos de gratitud, aprecio, admiración, solidaridad, sino que, con visión de fe, sea

toda la comunidad, como cuando Pablo, cuando uno de los apóstoles partía de una comunidad a otra comunidad, llevaba el corazón de toda aquella Iglesia que seguía rezando y seguía acompañándolo, así siento que iremos, pues, con monseñor Rivera, que es toda la arquidiócesis, que ya se expresó en una manifestación muy bella de cariño —el miércoles de esta semana— en un homenaje de todos los sacerdotes en *Domus Mariae* y que ahora esta misa de la arquidiócesis quiere ser para él también un homenaje cariñoso de solidaridad para decirle que no va solo, que con él van todos sus hermanos, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles, a trabajar en ese trabajo duro y difícil, incomprendido, de proclamar una palabra para el mundo que no quisiera oírla. Y como signo de esa comunión, pues, celebramos hoy juntos esta eucaristía.

Otro signo de nuestro tiempo es esta semana, que alguien llamó: "Ha sido una semana trágica", y la catedral donde nos encontramos ha sido escenario de sangre. Aquí vino a morir baleado José Roberto Valdés. Aquí lo tuvimos en velación y aquí también, hermanos, yo quise celebrar personalmente la misa de cuerpo presente antes de su entierro. Desde entonces, anuncié lo que ya está sucediendo, la crítica contra el que quiso solidizarse con el dolor y dijeron que he hecho un acto poco político. No me importa la política. Lo que me importa es que el pastor tiene que estar donde está el sufrimiento. Y yo he venido, como he ido a todos los lugares donde hay dolor y muerte, a llevar la palabra de consuelo para los que sufren, expresar la condolencia a la familia doliente, como la expresé también a la familia de la vendedora que fue también muerta en ese hecho de sangre, como también lo estoy enviando hoy a los familiares de los policías muertos. Para la Iglesia no hay categorías distintas, solo hay el sufrimiento y tiene que expresarse con el dolor donde quiera que se encuentre. Como estuve junto a la muerte del canciller Borgonovo, como he estado junto al dolor de los campesinos, pienso que es la voz de la Iglesia, una palabra de condolencia en el dolor.

También quise que fuera una palabra de repudio al crimen, repudio a la violencia. ¿Cuándo vamos a terminar esta ola de sangre y de tormento para nuestra patria?

También quise que fuera mi palabra, en ese funeral, una palabra de apoyo a los reclamos justos de nuestro pueblo. Los

reclamos justos, les decía yo: ¿qué pecado hay en que un pobre cortador de café, o de caña, o de algodón, con hambre pida ocho cucharadas de sopa, un huevo, una comida que apenas le reponga las energías que gasta para ayudar a levantar esas cosechas que hacen feliz al país y debe ser obra de Dios, para felicidad de todos? Me dio mucho gusto, al terminar la homilía, una señora que se acerca para decirme: "Yo soy una pequeña cafetalera y le vengo a decir que yo siempre lo he estado escuchando y estoy de acuerdo en estos reclamos, que todos tenemos que participar en la felicidad del país". Le di las gracias y le dije: "Su palabra me estimula, me da la esperanza de que hay eco en el corazón de los salvadoreños".

Así como también me dolió un telegrama de un sembrador de caña que dice: "El arzobispo no sabe lo que se gasta. Por eso está reclamando para los trabajadores". Yo he aclarado que no es como técnico que estoy hablando, que yo no sé cuánto se gasta, ni cuánto se debe de pagar. Pero sí sé que Dios da el fruto de la tierra para todos y como pastor, en nombre de Dios que crea las cosas, digo a los que tienen y a los que trabajan y a los gobernantes: que sean justos, que escuchen el clamor del pueblo, que con sangre y con violencia no se van a arreglar las situaciones económicas, sociales y políticas, que tiene que profundizarse, para que no haya más semanas trágicas ni más dolores. Es necesario que se oiga a tiempo. Ya es demasiado tiempo que está esperando el pueblo. Y yo creo que es justo que se estudie a fondo, con técnicos, no malbaratando los fondos del Estado, ni dando otros destinos a los productos de nuestra tierra, sino dándolos para lo que Dios los ha creado, para el bienestar de toda la comunidad, con la justicia, el respeto a la propiedad privada y todo lo que la Iglesia defiende también. Pero que sea siempre con aquello que San Pablo dice de salvar de la opresión del pecado a la creación, que está gimiendo, esperando la liberación de los hijos de Dios.

También, en ese contexto, quiero agradecer y felicitar la carta de una profesora, que llega con un cheque de mil cuatrocientos siete colones; dice: "Esto supone tres meses de mi jubilación. Yo los quiero dar con gusto, para ayuda de aquellos necesitados que dicen que tienen deudas por las circunstancias actuales". Y en la curia diocesana tenemos un fondo de beneficencia que se va engrosando con estas limosnas y dádivas, que son más bien

Rm 8, 20-21

ayuda de hermano a hermano, y cuánto bien está haciendo este dinero. Que Dios bendiga a esta maestra con sentimientos cristianos.

Y, finalmente, yo dije frente al cadáver de José Roberto: la Iglesia no puede callar aquí una palabra de esperanza, una palabra del más allá. La lucha reivindicadora de los derechos en la tierra no debe olvidar que hay un Dios que juzga y que hay una muerte que nos coloca más allá de la historia; que existe un cielo y existe un infierno; que existe una justicia de Dios, lo que se llama la visión escatológica de la Iglesia. Yo quisiera sembrar en estas horas de tragedia, de sangre, de dolor, esta visión de esperanza, de más allá; no como opio del pueblo, como dice el comunismo criticando a la Iglesia, sino como estímulo para que en esta tierra seamos más justos; saber que hay un juez que nos va a pedir cuenta a unos y a otros. Y de esta esperanza quisiera llenar el corazón de los que han sido víctimas de la violencia en estos días.

Y esta es mi tercera visión de la realidad. Una víctima de la violencia se solidariza con esta semana de tragedia. Se acerca entre lágrimas don Luis Chiurato. Toda su familia llora, como ustedes saben, una desaparición misteriosa de su esposa y de su madre. "Casi estoy seguro —me dice— que ya está muerta; le dejo esta limosna para que ofrezca una misa por ella y por los que murieron en esta semana y por tantos que han muerto, víctimas de esta tragedia interminable". Cómo le agradezco, don Luis, y cómo siento con su familia, usted lo sabe, la angustia de una desaparecida en forma tan misteriosa¹. Junto a usted, hay muchas familias que lloran desaparecidos sin aparecer. Por todos ellos, los que no se sabe si están muertos o están vivos y por aquellos que se sabe ciertamente que han sido muertos por la violencia, elevemos nuestras plegarias. La oración de la arquidiócesis en esta mañana es así: una oración votiva al Señor para que traiga consuelo, esperanza a tantas familias angustiadas y dé también consuelo eterno a tantos que ya traspusieron los umbrales de la vida.

Y finalmente, hermanos, tenía otras noticias de la vida de nuestra Iglesia, como los veinticinco años de sacerdocio de varios hermanos nuestros; también mi felicitación a la ceremonia

¹ A treinta días del secuestro de la señora Elena Lima de Chiurato, ninguna organización político-militar o grupo se atribuyó el hecho. *Cfr. El Diario de Hoy*, 4 de octubre de 1977.

de confirmación en la comunidad de Lourdes, donde se ha preparado a la juventud para recibir un sacramento tan importante, como es la confirmación; y agradecer las múltiples felicitaciones que han llegado con motivo del nombramiento de monseñor Urioste para suceder a monseñor Rivera en la vicaría general.

Esta semana, frente a dos días de esperanza, el martes 1 y el miércoles 2 —Día de Todos los Santos y Día de los Difuntos—, el cristiano mira esta tierra con esa perspectiva del más allá. La muerte que no termina en unas tumbas que vamos a ir a enflorar. Las enfloramos porque son dormitorios esperando una resurrección. Y un Día de Todos los Santos, en que contamos tantos santos sin haber sido elevados al honor de los altares —familiares nuestros, amigos nuestros, compañeros nuestros—, unámonos a ese ejército de bienaventurados y a toda esa penumbra de la muerte, para que pensemos que la vida peregrina del cristiano no termina, que hay un Dios con los brazos abiertos que nos está esperando para darle el verdadero sentido a esta vida, que mientras la vivimos no la comprendemos en toda su grandeza. Después de escuchar estos signos de los tiempos, nuestro querido hermano, monseñor Rivera, va a interpretarlos a la luz del Evangelio.

Interpretación de los signos de los tiempos a la luz de la palabra de Dios

Hermanos, mi primera palabra no puede ser otra que la de agradecer cordialmente este gesto tan significativo del señor arzobispo de querer que concelebre en estas circunstancias en la cual prácticamente me despido de esta Arquidiócesis de San Salvador para ir a desempeñar el nuevo cargo que el Sumo Pontífice me ha confiado. Él ha explicado el significado de la concelebración, yo quiero solamente subrayar algo que también él ha dicho, que los que hemos trabajado juntos debemos orar juntos, porque esta oración es también augurio de que vamos a seguir trabajando juntos en el afecto colegial, en la solidaridad y en el deseo real de que nuestro pueblo crezca en la fe, que viva su esperanza y que llegue a traducir en hechos concretos la caridad.

El señor arzobispo ha señalado una vez más esos hechos que hemos vivido en estos últimos días. Siempre lo ha hecho así. De tal manera que ahora me parece que resulta fácil comprender que la palabra de Dios debe iluminar toda nuestra vida, no solo

nuestra vida personal, sino nuestra vida grupal, nuestra vida colectiva, nuestra vida nacional, nuestra vida internacional, porque esa palabra es luz para la mente, es energía para la voluntad, es calor y afectos para nuestro corazón, es espada que penetra hasta las profundidades para cortar las adherencias y liberar nuestro espíritu.

Y la palabra de Dios creo que nos ayuda a juzgar los acontecimientos que hemos vivido. Ya desde el primer pasaje que encontramos en el libro de la Sabiduría, que se presenta hoy a nuestra consideración, vemos cómo Dios está por encima de todo. Y es interesante subrayar esto, porque este libro fue escrito en Egipto por un judío que se expresaba en griego, pero que vivía profundamente su fe de judío. Y en esa tierra, él habla que todo lo creado es como un granito de arena en la balanza si se compara con Dios; que todo el mundo creado, comparado con Dios, es como una gota de rocío que cae en la mañana, algo que se esfuma, se desvanece, se evapora. Y es interesante que esto lo diga en aquella tierra, allá donde se adoraban las cosas y se esclavizaba al hombre; allá donde gracias a ese trabajo esclavo se levantaron grandes pirámides que son todavía admiración de la gente, pero cuántos habrán sucumbido en aquel trabajo esclavo, cuando no conocían más que el plano inclinado y la palanca para mover aquellas grandes moles talladas que configuran esas esbeltas pirámides de Egipto. A ese pueblo habla él así, casi como para recordarnos que no deben los hombres de hoy endiosarse y endiosar las riquezas, endiosar el poder, endiosar el placer.

Pero no solo nos dice eso el libro de la Sabiduría, sino que también nos habla de Dios en una forma que parecería que estuviéramos leyendo el Evangelio. Nos dice que ese Dios es misericordioso, que se compadece de todo y de todos porque todo lo puede, cierra los ojos a los pecados de los hombres para que se arrepientan. Nos está hablando de la misericordia de Dios y nos está señalando dos aspectos: uno, el que Dios se compadece siempre; y el otro, el que tiene poder como para quitar aquello que es causa de dolor. Pero ciertamente nos resulta a nosotros difícil concebir como un Dios espíritu pueda sentir el dolor, el sufrimiento. Pues bien, para que no nos quedara duda de esto Dios se hace hombre, se hace en todo semejante a nosotros menos en el pecado; y entonces sí, Él no solo es misericordioso, sino que hace sentir esa misericordia porque nos compadece. Y

Sb 11, 22

Sb 11, 23

compadecer no quiere decir tener lástima, quiere decir padecer con, *compatire*, estar padeciendo con nosotros. Y por eso puede decir tengo compasión de esta gente y por esto también se conmueve ante el dolor físico, ante los ciegos, ante los sordos, ante los paralíticos, ante los leprosos, se compadece del dolor por la muerte de los seres queridos, porque —como lo dice en la misma primera lectura del libro de la Sabiduría— el Señor es “amigo de la vida”. Y por eso Jesús, ese amigo de la vida, es vida para que nosotros podamos tenerla en forma abundante, también resucita a los muertos y el Evangelio nos enumera muchos casos de resurrección. Pero no solo, Él quiere ir más profundo y da las causas profundas del mal al pecado, perdona los pecados, siente compasión de los pecadores; por eso, brotan de su palabra esas parábolas tan bellas: la parábola de la oveja perdida, la parábola de la dracma perdida, la parábola del hijo pródigo. Por eso, perdona también y se preocupa de aquellos que se han alejado de Dios, de la mujer adultera; pero, sobre todo, de aquellos que han hecho de los bienes de la tierra a su dios. Y precisamente el Evangelio de hoy nos presenta la preocupación de nuestro Señor Jesucristo por esos que adoran el dinero, que se postran ante el becerro de oro y que, por apoyarse en él, no temen oprimir, explotar y ser duros con aquellos que les sirven.

En el Evangelio, hemos visto cómo nuestro Señor va por las calles cerca de Jericó y hay allí un rico, un publicano jefe de publicanos, que desea verlo y este deseo es eficaz. Como es de pequeña estatura, sube a un árbol y sin duda él no puede imaginarse que nuestro Señor se dirija a él mientras va ovacionado por aquellas turbas; pero pasando bajo el árbol, levanta los ojos, lo ve y le llama por el nombre: “Zaqueo, baja, que quiero entrar en tu casa, quiero hospedarme en tu casa”. Y Zaqueo, al oír aquella voz, desciende. Pero es que no era simple curiosidad la que tenía, porque las palabras que dice al nomás escuchar los comentarios malévolos de los que han visto a Jesús que penetra en su casa, nos descubren un hombre que desde hacía vario tiempo sentía el peso del pecado en su conciencia y al ver a Jesús le dice: “Daré la mitad de mis bienes a los pobres y si alguno ha sido defraudado por mí le devolveré cuatro veces lo que le haya quitado”. Y nuestro Señor le felicitó por eso: “Zaqueo hoy ha entrado la felicidad en tu casa”. Es bien interesante este aspecto del Evangelio porque nos hace ver que la conversión verdadera se

Sb 11, 26

Jn 10, 10

Lc 15, 1-32

Jn 8, 1-11

Lc 19, 5

Lc 19, 8-9

traduce en signos. No basta que se diga que se está arrepentido de un pecado, sino que es preciso reparar el mal que se ha hecho; y como aquel publicano cobrador de impuestos y jefe de publicanos muchas veces había extorsionado en el ejercicio de su oficio, por eso siente la necesidad de devolver la mitad de todos esos bienes a los pobres y retribuir con cuatro veces a aquellos que él había defraudado.

Hermanos, el Evangelio nos invita a esa conversión. Esa conversión, que no se queda solo en los sentimientos sino que va profunda al cambio total, nos va a exigir que también sepamos compartir. El señor arzobispo nos decía que los bienes son creados por Dios para todos y, por consiguiente, tienen que responder a ese plan de Dios.

Señalamos que Dios nuestro Señor no se olvida de nosotros, se preocupa de nosotros, nos habla a través del mundo creado, a través de su palabra, pero, sobre todo, a través de su Hijo Jesús, y hoy, a través de la Iglesia y a través de los personeros de esta Iglesia que con los obispos nos habla a través de los sacerdotes, que son los colaboradores de los obispos, y a través también del pueblo fiel que participa de la misión profética, sacerdotal y real de nuestro Señor Jesucristo. Pues bien, acojamos esta palabra y tratemos de que no sea algo que caiga en saco roto, que no caiga sobre el camino, que no caiga sobre las espinas o sobre la piedra, sino que caiga en tierra buena para que pueda germinar y dar el treinta, dar el sesenta y dar el ciento por uno.

Termino agradeciéndole de nuevo al señor arzobispo este gesto de querer que yo concelebre con él. Yo le aseguro en esta oportunidad que quiero que este gesto sea símbolo de una solidaridad con la que vamos a trabajar de hoy en adelante, él acá en la arquidiócesis y este hermano de él allá en la diócesis de Santiago de María.